


# ESCUCHAR EL SILENCIO SOCIAL

La antropología es esencial para reconstruir mejor


Gillian Tett

**C**uando se conoció la noticia en 2020 de que los científicos habían logrado avances en la tarea de crear vacunas contra la COVID-19, los encargados de formular políticas y los votantes de todo el mundo lo celebraron. Y con razón: el desarrollo de estas vacunas es un triunfo para las ciencias médicas y la informática del siglo XXI, que aumenta la probabilidad de que el mundo derrote a la pandemia.

Sin embargo, en 2021 se descubrió que el éxito no está asegurado: más allá de que la distribución de las vacunas resultó ser lamentable y peligrosamente no equitativa, en especial debido a la estructura de la economía política mundial, la vacunación se está tornando difícil incluso en algunos países ricos. ¿El motivo? La cultura, definida por la red reconocida a medias de rituales, símbolos, ideas, patrones espaciales y afiliaciones sociales que caracterizan a los seres humanos, dondequiera que vivan. En particular, en lugares como Estados Unidos, tanta ha sido la resistencia a las vacunas —o “reticencia” para usar el eufemismo educado— que ha menoscabado los esfuerzos para detener la pandemia.




Y mientras algunas jurisdicciones —como Francia— lograron superar la reticencia inicial a la vacunación (al menos en cierta medida), el hecho de que existan estas batallas ilustra un punto crucial, pero con frecuencia ignorado, sobre la formulación de políticas en la actualidad. Las respuestas eficientes a desafíos rápidos (o incluso lentos) requieren más que dependencia en las llamadas ciencias duras, como la investigación médica o los poderes de los macrodatos. También se necesitan ciencias “blandas” para entender el comportamiento humano y la cultura.



En otras palabras, es un grave error tratar de resolver los problemas de política pública de hoy en día utilizando solamente una serie de herramientas intelectuales, implementadas con estrechez de criterio. Se necesita visión lateral para valorar el contexto humano a nivel más amplio y la forma en que los elementos externos al modelo, la serie de megadatos o los ensayos científicos podrían afectar lo que está ocurriendo. Al igual que los sistemas ambientales y políticos, la cultura, conforme se la definió anteriormente, es importante: es decir, no solo las partes de nuestros sistemas culturales que reconocemos abiertamente (el “ruido”) sino también las partes que solemos ignorar porque son embarazosas o familiares o demasiado complejas para analizar (el “silencio”).

Necesitamos una visión lateral para responder a la pandemia y también a una gran cantidad de otras cuestiones en torno al desarrollo económico y la formulación de políticas: el cambio climático, las pensiones, etc. Tratar de diseñar políticas efectivas, fundamentadas en una base puramente técnica, como puede ser un modelo económico estrechamente delimitado o el uso de la ciencia de ingeniería, se asemeja a caminar por un bosque oscuro, de noche, con los ojos puestos únicamente en la aguja de una brújula. Independientemente del potencial técnico de la brújula, si los ojos están fijos en ella, la persona se tropezará con la raíz de un árbol. El contexto importa.



¿Cómo pueden las autoridades adoptar esa visión lateral? Una forma de hacerlo es tomar prestadas algunas ideas de un campo en el que me formé, antes de convertirme en periodista de finanzas: la antropología cultural. Esto podría sonar extraño para algunas autoridades, teniendo en cuenta la imagen exótica, más bien evasiva de esta disciplina, cuyos partidarios se consideran versiones académicas de Indiana Jones que dedican su tiempo a viajar a lugares distantes para estudiar rituales pintorescos que parecen distar mucho de los desafíos económicos del siglo XXI.

Sin embargo, este estereotipo no solo es erróneo, sino que hace que se pierda una oportunidad gigantesca. Sí, los antropólogos se dedican a estudiar la cultura humana, en todo su espectro glorioso de diferencias. Pero no lo hacen de manera paternalista (a diferencia de los antropólogos de comienzos del siglo XIX, que tenían una inclinación deplorablemente racista, sexista e imperialista). Los antropólogos del siglo XXI en cambio

consideran que es importante estudiar culturas diferentes, de manera respetuosa, porque ese proceso no solo genera empatía con los extraños, lo cual es crucial en un mundo integrado globalmente, sino que también nos ayuda a entender mejor nuestra propia cultura, sin importar nuestros orígenes. Una situación en la que todos ganan.

A fin de cuentas, como dice el proverbio chino: “El pez no puede ver el agua”. La gente no puede evaluar con claridad los supuestos culturales subyacentes que han absorbido de su entorno a menos que den un paso atrás y los comparen con los de otros; es decir, a menos que salgan de la pecera. Sumergirse en la vida de otros y experimentar un cierto choque cultural, como lo hacen los antropólogos, da una idea más objetiva de las fortalezas y las fallas de la propia sociedad, y de los “silencios sociales”. Como ventaja adicional, observar otras culturas nos enfrenta a nuevas ideas y maneras de resolver problemas. En último lugar, pero no por ello menos importante, dado que los antropólogos suelen tener una mirada angular (es decir, observan las cosas desde abajo hacia arriba, en forma holística), echarle una buena mirada a otras culturas ofrece un punto de ventaja diferente al de los análisis que echan una mirada desde la cima (es decir, de arriba hacia abajo).

Esto parece abstracto. Pero considere por un momento lo que podría haber ocurrido si las autoridades hubiesen adoptado la visión de un antropólogo ante el surgimiento de la COVID-19. En cierta medida, los gobiernos y los votantes de Occidente no se habrían equivocado tanto si hubiesen tenido más información sobre la propagación de la epidemia en otras culturas. La presunción de que enfermedades como el SARS, el virus del Ébola —y la COVID-19— eran problemas exclusivos del otro lado del mundo, de Wuhan, o de personas que parecían muy “raras” o “exóticas” generó una complacencia peligrosa. Tampoco habrían tenido tanto orgullo desmedido los gobiernos occidentales respecto de sus propios sistemas de atención de la salud. De haber observado la forma en que Occidente creó medicamentos, comunicó mensajes sanitarios y promovió la salud pública desde una óptica interna-externa, se habrían podido notar más fácilmente las deficiencias.

La mentalidad de un antropólogo podría haber ayudado a los gobiernos occidentales a extraer lecciones valiosas de otras regiones. Pensemos en las mascarillas. Los antropólogos que trabajan en Asia han sostenido desde hace tiempo que la eficacia de las mascarillas no depende simplemente de factores físicos, por ejemplo la capacidad del tejido para detener gérmenes, sino que el hecho de llevarla puesta es un poderoso incentivo psicológico que induce a las personas a cambiar su comportamiento y señala el compromiso de esa persona de proteger a un grupo social, lo cual es esencial en una pandemia. Esto sugiere que las autoridades que enfrentan una pandemia deben valerse de cualquier señal posible para instar a la

# SI IGNORAMOS EL CONTEXTO CULTURAL Y AMBIENTAL DE LA VIDA DE LAS PERSONAS, TODOS SUFRIMOS.



gente a adoptar esta práctica, incluso si va en contra de las ideas occidentales sobre el individualismo. Pero en un inicio, esto no ocurrió en algunos lugares. En el Reino Unido, por ejemplo, el gobierno desalentó el uso de la mascarilla desde un comienzo, e incluso más adelante después de cambiar de enfoque, el Primer Ministro, Boris Johnson, rechazó el uso de mascarillas en público. Si bien la postura finalmente se revirtió, las autoridades en Gran Bretaña (y en otras partes) podrían haber prestado más atención a los mensajes al respecto si hubiesen conocido la experiencia asiática en más detalle.


De igual manera, los gobiernos deberían haber reconocido con anterioridad la importancia que tiene el contexto cultural en su intento por diseminar mensajes de atención de la salud y por cambiar el comportamiento, dado que la gente rara vez concibe el riesgo desde la perspectiva de los científicos. Toda persona con cierto conocimiento sobre el virus del Ébola en África occidental en 2014 comprendió bien este punto dado que la enfermedad solo fue derrotada —tras los tropiezos iniciales— cuando los mensajes se adaptaron más al contexto cultural y la ciencia conductual se fusionó con la antropología, la ciencia médica y la computación. Para citar un ejemplo, cuando los grupos de salud mundiales construyeron en un inicio centros para tratar a las víctimas del virus del Ébola en 2014, las paredes eran opacas, con lo cual era imposible que las familias de las víctimas pudieran ver lo que estaba ocurriendo con sus seres queridos; a su vez, los mensajes sobre el virus del Ébola eran incomprensibles para la población local. Cuando los mensajes se tornaron más sensibles y las paredes de los centros de tratamiento se rediseñaron e hicieron transparentes, aumentó el respeto por los médicos. Escuchar las voces locales es clave.

Algunas de estas lecciones sobre la necesidad de ser culturalmente sensibles han sido implantadas con la COVID-19. Si bien al principio los portavoces de los mensajes de vacunación eran casi exclusivamente los científicos, los gobiernos de Estados Unidos y Europa, por ejemplo, percibieron (aunque tardíamente) que estos mensajes “de élite” no se hacían eco en algunas personas, y se optó por las voces de la comunidad. Ahora bien, esta lección debe aplicarse también a muchos otros desafíos de política. El cambio climático es quizás el ejemplo más importante. A menos que los gobiernos y los científicos puedan difundir los mensajes ambientales de forma que resuenen en diferentes culturas, y con los incentivos correctos, no conseguirán el apoyo de los votantes en cuanto a las políticas ecológicas ni persuadirán a la gente

para que adopte cambios conductuales, y mucho menos la motivará a colaborar en pos del bien de los demás. Los modelos de arriba hacia abajo de políticas ecológicas no son suficientes: también se requiere de una visualización de abajo hacia arriba, con empatía por la vida de las personas, que permita construir una transición justa y evitar una reacción violenta contra las reformas ecológicas.

Pensemos en las actitudes hacia la energía renovable. A los ojos de grupos urbanos selectos de Occidente, parece obvio que las fuentes de energía como la eólica y la solar sean moralmente superiores a los combustibles fósiles como el carbón. Sin embargo, estas personas urbanas privilegiadas viven alejadas de emplazamientos rurales que podrían malograrse con la construcción de turbinas eólicas. Tampoco sufren la pérdida de identidad (y sustento) que puede ocurrir en un poblado dedicado a la minería de carbón una vez que cesa la explotación de la mina local ni sufren las penurias económicas de los pobres ante el aumento del costo del transporte. Se necesita empatía para que estrategias efectivas combatan el cambio climático, así como tomar conciencia de que gran parte de los ciudadanos comunes no ven el mundo de la misma manera que los ingenieros y economistas.

No me malentiendan: No digo que los economistas, los médicos, los especialistas en computación y los financistas deberían echar sus herramientas por la borda, ni que la antropología cultural es una varita mágica que imparte sabiduría. Al igual que todas las tradiciones intelectuales, la antropología cultural tiene imperfecciones, sobre todo percepciones que pueden ser difíciles de adaptar, y dado que se trata principalmente de una mirada cualitativa, no cuantitativa, del mundo, puede resultar difícil comunicar sus mensajes. La definición de cultura podría asemejarse a la acción de tratar de atrapar el jabón en la bañera: está en todas partes, pero en ninguna en particular.

El punto clave es que si ignoramos el contexto cultural y ambiental de la vida de las personas, todos sufrimos. Por el contrario, si lo incorporamos a nuestro análisis, podemos construir herramientas de política más efectivas, con mejores frenos y contrapesos. La clave es combinar las ciencias informáticas, médicas, económicas y financieras con las ciencias sociales, y fusionar una mirada angular con una mirada desde la cima. Esto nos ayudará a estudiar tanto el ruido en nuestras vidas como el silencio, y a reconstruir mejor. 

**GILLIAN TETT** tiene formación en antropología cultural pero ahora preside el consejo editorial del *Financial Times* de Estados Unidos. Es autora de *Anthro-Vision: A New Way to See in Business and Life*.